

[97]

**“DÉJENSE RECONCILIAR CON DIOS”,
Lectura de 2 Corintios 5,14-21**

José Ignacio Vicentini

La necesidad de reconciliación sentida por toda la gente encontrará en el estudio de este párrafo selecto de una de las cartas de un gran pensador religioso cristiano, las coordenadas esenciales para no trabajar en vano.

Cuando un término se pone de moda, cuando una palabra se torna slogan ¿es porque la realidad significada está presente? o ¿precisamente porque todavía no lo está?

Hasta no hace mucho tiempo en la Argentina hablábamos de “retorno”, “liberación”, “reconstrucción”..., hoy hablamos de “reconciliación”.

Reconciliación es lo que nos sugiere la TV con el correr de imágenes vivaces y unas voces infantiles que susurran con pegajosa melodía: *"Dame un poco de paz, queremos convivir..., no es posible vivir en un País sin unión... démonos de las manos, vamos todos unidos..."*

Reconciliación es también la consigna lanzada al mundo por Pablo VI al anunciar el año Santo, el 9 de mayo de 1973.

Reconciliación tendría que ser el fruto más profundo y durable del Congreso Eucarístico Nacional que celebraremos en Salta.

En este clima de llamados coincidentes a la reconciliación querríamos releer un texto paulino que siempre nos ha impresionado por su sobriedad, su hondura y su solemnidad.

La comunidad de Corinto estaba convulsionada. Ciertos personajes “advenedizos”, difíciles de identificar — Pablo los llama “super-apóstoles”— sembraban la desunión y cuestionaban al legítimo conductor del proceso de evangelización operado en la ciudad de Corinto. Lo acusaban de cambiar fácilmente de proyectos, le reprochaban su prepotencia. Grave desacato a la autoridad del apóstol, rechazo de la verticalidad, inquietud en las bases, son los rasgos más salientes de una situación quizá de las más difíciles que Pablo tuvo que enfrentar en toda su vida.

El largo escrito de Pablo —trece capítulos contiene la carta— que rezuma lealtad, franqueza y una santa audacia, se orienta a restablecer su autoridad a fin de poder reorganizar la comunidad de Corinto y, con su ayuda, lanzarse a una acción más amplia entre los pueblos de Occidente.

Del largo escrito paulino elegimos sólo el texto siguiente:

“(14) Porque el amor de Cristo nos apremia al considerar que si uno sólo murió por todos, entonces todos han muerto. (15) Y Él murió por todos a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos sino para Aquél que murió y resucitó por ellos. (16) Por eso nosotros, de ahora en adelante, ya no conocemos a nadie con criterios puramente humanos; y si conocimos a Cristo de esa manera, ya no lo conocemos. (17) El que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente. (18). Y todo esto procede de Dios que nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. (19) Porque es Dios el que comenzaba, en Cristo, a reconciliar el mundo consigo no teniendo en cuenta los pecados de los hombres y confiándonos la palabra de la reconciliación. (20) Nosotros somos, entonces, embajadores de Cristo, visto que es Dios quien exhorta a los hombres por intermedio nuestro. Por eso les suplicamos en nombre de Cristo: déjense reconciliar con Dios. (21) A Aquél que no conoció el pecado, Dios lo identificó con el pecado a causa de nosotros; a fin de que nosotros seamos justicia de Dios por Él” (2 Corintios 5,14-21).

Este hermoso texto es precisamente el que desencadena una serie de preguntas apasionantes. Pablo anuncia que Dios “ha reconciliado”. ¿Cómo es que luego exhorta a “dejarse reconciliar”? ¿Cómo es posible que a dos mil años de haberse anunciado la reconciliación estemos hoy solicitados por esta tarea tan difícil como urgente? En-

[99] entonces ¿cuál es el camino para una reconciliación verdadera y durable?

Creo que el mismo texto paulino puede ofrecer respuestas fundamentales. Tratemos de buscarlas. Pero antes queremos hacer dos observaciones.

Un expresión feliz

Nos parece natural hablar de *reconciliación*. Sin embargo en toda la literatura neotestamentaria el único autor que emplea el verbo y el sustantivo “reconciliación” es Pablo.¹ Y lo hace para expresar la situación nueva que viven los hombres a partir de la venida de Cristo.

Esta palabra acuñada por Pablo es feliz porque ofrece la ventaja de presentar la obra redentora de la cruz en términos de relaciones interpersonales entre Dios y los hombres. Claro que se corre el riesgo de entender esta doctrina de la redención de modo psicológico —Dios cambia de parecer, el hombre toma la iniciativa de ponerse en buenas relaciones con Dios... — pero el mismo Pablo, como veremos, nos pone en guardia contra este peligro.

Volvamos al acierto de Pablo en la elección de estos términos. La teología, ha empleado, con frecuencia, expresiones tomadas del mundo físico o biológico: los pecados se borran, las manchas del alma se lavan, el alma se purifica, la gracia es algo físico añadido a nuestro ser... Tales expresiones exigen un esfuerzo de transferencia de un mundo de representaciones a otro. A medida que estas expresiones penetran en el mundo de las relaciones interpersonales se tornan más claras y afinadas. Por ejemplo: el sacramento de la penitencia se llamará en adelante sacramento de “la reconciliación”.² No “dice más” “reconciliación” que “penitencia” o “confesión”.

Dos tiempos en la acción de Dios

Pablo distingue cuidadosamente *dos momentos* de la acción de uno, en Cristo (vv. 14-17), otro en la historia de la salvación (vv. 18-21).³

¹ *La Concordance to the Greek Testament* de. Moulton and Geden cita los siguientes pasajes: *katallage*: Rom 5,11; 11,25; 2 Cor 5,18.19; *katallasso*: Rom 5,10; 1 Cor 7,11; 2 Cor 5,18.19.20; *apokatallasso*: Ef 2,16; Col 1,20.21.

² Ver: *L'Osservatore Romano* n° 267, del 10/2/74 p. 9s.

³ Estos dos momentos han sido bien subrayados por D. von Allmen (*Réconciliation du monde et christologie cosmique*; en: RHPH 48 [1968] 32-45).

Le debemos algunas ideas que tomamos de su artículo.

[100]

Es decir que con la misma insistencia subraya el alcance universal y definitivo de lo que ya ha sido adquirido en la Cruz, como lo que —sobre este fundamento— queda *todavía* por realizar.

Esta distinción de dos tiempos en la acción divina, típica del pensamiento de Pablo, funda, a la vez, la *posibilidad* o condiciones de posibilidad (primer tiempo) y la *necesidad* (segundo tiempo) de una acción misionera.

Y esta distinción de los dos tiempos es *tan importante* que los fracasos en la tarea de la reconciliación se deben, a mi juicio, a la supresión de uno de estos momentos, más frecuentemente del primero que del segundo.

Pero vamos a comenzar por el segundo, por ser el que hoy vivimos: el llamado a la reconciliación.

1. Dios nos confió el ministerio de la reconciliación

En todo gobierno existen diversos ministerios, todos los que sean necesarios para prestar al pueblo los servicios que el pueblo reclama. Por eso los ministerios varían, sufren reajustes, se adaptan: se crean nuevos, se anulan ya existentes, se funden varios en uno. Con esto queremos devolver al término “ministerio” su sentido original de *servicio* y purificarlo de tantas deformaciones que ha ido acumulando en el curso de la historia.

Y bien, Dios, en su gobierno del mundo, establece un *ministerio especial*, el de la reconciliación. Pablo siente que Dios lo ha ubicado en este ministerio. Por consiguiente formamos parte de una embajada o legación en nombre de Cristo y a favor de sus intereses, y está persuadido de que es Dios mismo quien exhorta a los hombres a través de sus palabras (vv. 18-20).

En este ministerio se le confió la “palabra de la reconciliación” (v. 19c) y esta palabra anuncia a los creyentes (el “nosotros” del v. 18) la reconciliación como un hecho realizado y aún pasado. En cambio, al mundo, a los no convertidos (v.19) anuncia la reconciliación como una acción comenzada pero no plenamente realizada.⁴ Por lo tanto una acción todavía presente mientras haya hombres no reconciliados con Dios.

Quizá por esta razón escribe Pablo “nos confió el ministerio” y

⁴ El verbo en participio aoristo del v. 18 en contraposición a la expresión del v. 19 donde Pablo emplea una forma que ha sido interpretada de distinta maneras. Siguiendo a von Allmen, o.c. p. 36s. lo traducimos como imperfecto incoativo.

[101] “somos embajadores”, como si quisiera sugerir que también otros son ‘llamados a este ministerio en el curso de la historia.

Si el ministerio de la reconciliación fuera abolido, ello podría significar o que no hay reconciliación posible para el hombre contemporáneo o bien que la reconciliación es algo ya logrado de una vez por todas. Ambas hipótesis son falsas y encubren dos posturas igualmente peligrosas: un paralizante pesimismo o un ingenuo optimismo.

Es indispensable que el ministerio de la reconciliación continúe y haga oír su ‘llamado a todo el mundo, y esto en todos los niveles.

Sin embargo, no todos los llamados a la reconciliación proceden realmente de este ministerio; no todos son leales ni todos tienen chance. Creo que Pablo nos puede ayudar a precisar cuáles son los llamados leales y cuáles son los llamados que tienen chance. A estas dos cuestiones responden las dos partes siguientes.

2. Es Dios el que comenzaba a reconciliar al mundo consigo

Pasamos ahora a lo que hemos llamado *primer momento* de la acción de Dios: en qué se funda el llamado exitoso a la reconciliación.

LA INICIATIVA VIENE DE DIOS

El movimiento de reconciliación ¿podría iniciarse en cualquiera de las partes en conflicto: Dios o el hombre? Pablo es categórico: “Y todo esto procede de Dios” (v.18); “Es Dios el que comenzaba a reconciliar...” (v.19).

Es necesario que el hombre reconozca su total impotencia para lograr la reconciliación fundado sólo en las fuerzas humanas.

Y ABARCA TODO

Podemos preguntar cuáles son los alcances de éste movimiento reconciliatorio. Pablo responde que es el “mundo” en su sentido más genérico: la humanidad entera sometida al pecado (v.19).

En las cartas de la cautividad esta reconciliación adquiere proporciones cósmicas. “Por Él (Jesucristo) quiso (Dios) reconciliar consigo todo lo que existe *en la tierra y en el cielo*” (Colosenses 1,20). “Así creó con los dos pueblos (judío y gentil) un solo hombre en su propia persona... y los reconcilió con Dios...” (Efesios 2,15-16)

La reconciliación tiene un alcance universal. No se puede separar la reconciliación con Dios de la reconciliación con los otros hombres y con la naturaleza. Sería una reconciliación engañosa.

La reconciliación está ligada a un hecho histórico que tuvo lugar en un sitio y en un tiempo determinado. Su origen no está ni en la psicología, ni en la religión, ni en el culto, ni en rito; está en la historia. “Dios., nos reconcilió con Él por medio de Cristo” (v. 18). “Es Dios el que comenzaba, en Cristo, a reconciliar el mundo consigo no teniendo en cuenta los pecados de los hombres” (v.19).

El pecado se introdujo en el mundo sembrando el odio, la enemistad, la hostilidad.⁵ Entonces mientras el pecado no quede eliminado no se darán las condiciones para una reconciliación. Pero el pecado fue anulado; “A Aquél que no conoció (no tuvo experiencia de) el pecado, Dios lo identificó con el pecado a causa de nosotros a fin de que nosotros fuéramos justicia de Dios por Él” (v.21).⁶

Otros pasajes paulinos explican con mayor claridad el sentido de este versículo; pero no queremos salir del ámbito de nuestro texto. En unos versos anteriores hallamos que: “El amor de Cristo nos apremia al considerar que si uno murió por todos, entonces todos han muerto.⁷ Y Él murió por todos a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos sino para Aquél que murió y resucitó por ellos” (vv.14-15).

Objetivamente el sentido de la vida del hombre ha sido desplazado. El hombre que vivía para sí mismo debe ser considerado como muerto. Porque vivir es vivir para Cristo; Los cristianos conocemos algo que el mundo ignora, que es inaccesible a la inteligencia humana: la muerte y la resurrección de Cristo han cambiado el sentido de la vida humana. Vivir todavía para sí mismo es quitarle sentido a la vida, es vivir en el pecado.

⁵ Los textos que hablan de la reconciliación incluyen una constelación de términos afines u opuestos: enemigos (Rom 5,10); paz, enemistad, acceso (Ef 2,14-18); paz, extraños, enemigos (Col 1,20-21); ira (Rom 5,9; Ef 2,3).

⁶ El sentido de este versículo 21 lo mismo que el de su paralelo (Gal 3,13) es muy discutido y funda distintas explicaciones teológicas de la obra redentora de Cristo. El estudio más serio es el de L Sabourin (*Rédemption sacrificielle. Une enquête exégétique*; Desclée 1961, 492 págs.). E. Lyonnet (*Exegesis epistulae secundae ad Corintios*; Roma (ad usum privatum) p. 256-266) señala y discute los tres sentidos dados e la expresión “lo hizo pecado”.

⁷ El Lyonnet (o.c. p. 250-253) discute la frase “luego todos han muerto”. La frase tiene un sentido muy real (ver también Allo, o.c. p. 106) y sólo se hace explicable a partir de la llamada “personalidad corporativa” (ch. J. De Fraino *Adam et son lignage. Etudes sur la notion de “personnalité corporative” dans la Bible*; Desclée 1959, 319 págs.) en virtud de la cual se produce una identidad real entre la persona y la comunidad a la que esa persona pertenece.

[103]

Nos sentimos presionados, dice Pablo, por el amor de Cristo (v.14), amor que no nos encierra en una felicidad puramente espiritual ni en una relación exclusiva —vgr, de orden contemplativo "místico"— con Cristo, sino que —como el amor suyo— engloba a todas las creaturas que El ha amado.

Por eso ya no conocemos, ya no queremos vivir según la carne (v. 16),⁸ es decir, sin tener en cuenta este cambio de orientación que la muerte y resurrección de Cristo han impreso a nuestra vida y a toda vida. El amor de Cristo arrebató y transforma la vida de Pablo y le hace descubrir en sí mismo una nueva creatura. Este descubrimiento vale también para la humanidad entera (v.17).

Sobre este fundamento⁹ coloca Pablo el ministerio de la reconciliación al cual se siente llamado y del que ya hemos hablado. Con esto nos quiere mostrar cuál es el llamado a la reconciliación que tiene chance: el que de un modo explícito o implícito coloca en Cristo su principio fundante. Si no, serán palabras huecas por más que procedan de una voluntad bien intencionada,

Nos queda por ver cuáles son los llamados leales. Para ello volvemos al segundo momento.

3. Déjense reconciliar con Dios

Pablo supone que las condiciones de posibilidad ya enunciadas no bastan para hacer efectiva la reconciliación. Resta un esfuerzo de parte del hombre y a ese esfuerzo llama.

En la propaganda de la TV a la que aludimos al comienzo, desfilan dos series de escenas. En la primera, los hombres discuten, se acaloran, se golpean. De repente todo cambia: los hombres se estrechan la mano, se abrazan, se besan y la parejita de niños pasea, tomada de la mano. Pero ¿a qué se debe este cambio? No se dice.

Sabemos que la reconciliación proclamada por Pablo partió de un hecho histórico. La situación ha cambiado porque *uno murió*. Por lo tanto "dejarse reconciliar" significa no sólo recibir la nueva situación sino también dar un aporte. Y este aporte tendrá la misma forma

⁸ Este verso 16 ha recibido diversas interpretaciones que pueden verse en E. B. Allo (*Seconde Epître aux Corinthiens*, p. 179-182) y en E. Lyonnet (o.c. p. 247-250). Para nosotros "*conocer según la carne*" es hacer de su propia vida el centro y objetivo de la vida propia y la de los otros. Lo contrario es descubrir y amar en Cristo esta nueva creación que ha surgido de la muerte y la resurrección de Cristo, que alcanza, objetivamente a toda creatura.

⁹ Pablo, en otro pasaje, afirma categóricamente: "El fundamento ya está puesto y nadie puede poner otro porque el fundamento es Jesucristo" (1 Cor 3, 11). La afirmación vale también para el tema que tratamos.

[104] que el aporte de Cristo: una *muerte*, ya que tal es el sabor de la renuncia al egoísmo, a la injusticia, al odio... No podemos pensar, en una reconciliación sólo con Dios, que se desentienda de los otros hombres y de la naturaleza. Nuestro aporte será indispensable para hacer efectiva esta situación nueva a la que Pablo alude.

Y como la reconciliación con Dios es inseparable de la reconciliación con el hombre y la naturaleza, pensamos que una reconciliación leal, auténtica, puede tomar su comienzo en cualquiera de ellas; pero llevará siempre, al menos de modo implícito, una referencia a Dios en Cristo. A Dios porque de Él parte la iniciativa; a Cristo porque sólo en su muerte se hacen posibles y cobran sentido nuestras “muertes”. En efecto si nuestras “muertes” se unen a la suya, y sólo así, estas muertes traerán consigo una “resurrección”, una nueva creatura (v. 15ss.).

Sea el mismo Pablo quien ponga fin a estas reflexiones: “Y porque somos sus colaboradores los exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios. Porque Él nos dice en la Escritura: “en el momento favorable te escuché y en el día de la salvación te socorrí”. Este es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación” (2 Cor 6,1-2).